

SIETE POEMAS

de

JOAQUIN ANTONIO PEÑALOSA



INSTITUTO POTOSINO DE BELLAS ARTES
SAN LUIS POTOSI

1959

Literatura

268



Desde mediados de 1958, el I. P. B. A., bajo la dirección de María del Rosario Oyarzun, inició una serie de JUEVES LITERARIOS, con el propósito de difundir el conocimiento de valores locales y extranjeros. No se buscaba una formalidad excesiva; tampoco una excesiva concurrencia. Se pretendía sólo el contacto vivo con un grupo de oyentes interesados y la oportunidad de que éstos conversaran luego con quien les había sometido la obra propia o comentado la ajena. Sencillas, despojadas del gran aparato de la conferencia, fueron desarrollándose las charlas en las que tomaron parte prosistas y poetas. Es imposible fijar en letras de molde el verdadero espíritu de tales reuniones. Nos complacemos, sin embargo, en ofrecer el núcleo que las constituyó en una serie de plaquetas, correspondiendo a esta el número 2.

SIETE POEMAS

SIETE POEMAS

de

JOAQUIN ANTONIO PEÑALOSA

*

INSTITUTO POTOSINO DE BELLAS ARTES
SAN LUIS POTOSI

1 9 5 9

Viñetas de María Teresa Caballero

PROLOGO

Invitado generosamente por el Instituto Potosino de Bellas Artes para participar en uno de sus "jueves literarios", leí los siguientes poemas, precedidos de mis "confesiones". En público y en voz alta, como en el capítulo de culpas de los viejos monjes.

Entonces dije, contrito y verdadero, que no encuentro fronteras en la poesía, porque no las busco. No hay poesía antigua ni moderna: hay poesía. Lo demás lleva un nombre usurpado.

A la poesía evocadora de la angustia, muchas veces ficticia, prefiero el canto sencillo y reconfortante de la esperanza.

Contra la poesía del egoísmo, la poesía de la generosidad. Además del "yo" que sólo miran los poetas cegatones, habrá que añadir el tú, nosotros, todos, y el cosmos tumultuoso, y las humildes creaturas de Dios.

Creo en el misterio de la poesía, pero la detesto como esfinge y como cripta, si la "oscuridad" es simple evasión y disfraz de impotencia.

Dante pedía un velo para oscurecer la luz de la poesía. ¡Bienvenido! Pero que, por favor, no nos quiten las ganas de leer...

J. A. P.

- 1 — *El burrito pide la posada*
- 2 — *El burrito huye a Egipto*
- 5 — *Consolación por el asnillo muerto*
- 4 — *Meditación del elefante sobre la fugacidad de la vida*
- 5 — *Lección del caracol sobre el silencio*
- 6 — *El almendro floreció a San José*
- 7 — *Carta a abuelita: de sus macetas al cielo*

EL BURRITO PIDE LA POSADA

*Si pudiera hablar mi lengua, si fuera tan orgulloso...
yo que apenas un burrito, perdido en la milpa, solo.*

*Hoy me han cargado una carga con un rosal y una rosa,
nunca tuviera mi lomo menos peso y más aroma.*

*Adelante iba José arreando yuntas de sombras,
atrás ángeles-espejos anticipaban la aurora.*

*Y arriba, sobre mi espalda, Luz de Luz, Rosa de Rosa,
Dios escondido en la Virgen, hostia dentro en su custodia.*

*En la procesión nocturna, mis patas eran las andas;
candeleros, los maizales; y el palio, las nubes blancas.*

*Mi aliento era el incensario; mi hocico, carbón en brasa.
Soy su servidor el burro que anduvo nueve jornadas.*

*Al filo de nieve y luna vengo pidiendo posada:
¿quién me renta una parcela para una Rosa en su Rama?*

Escrito para *La Pastorela* de Miguel Bernal Jiménez.

EL BURRITO HUYE A EGIPTO

*Yo me dormí esa noche a sueños de amapolas,
apenas los rozaba con el hocico a besos
y era feliz jugando como con globos rojos.
Mi amo me despertó, su corazón danzaba,
no entendí sus ojeras ni su ademán de prisa;
si no fuera por Ella, como una flor a cuestras,
qué despertar de piedra por mis lomos de sueños.
Atrás quedó la casa con la naranja a medias,
el dedal en el suelo y una mesa sin patas.
Querían que volaran las duras herraduras:
era mejor un ángel, tal vez no lo pensaron.
Ignoraba esa arena, esas rocas sin rostro,
era el ignoto y vasto imperio de los ébanos.
La Virgen y el Esposo platicaban de espadas,
sentencias de profetas, fábulas del desierto.
Me sentí tan pequeño, tan de espuma y suspiro,
que la Virgen me dijo: "Yo también tengo miedo.*

*Ayer la redención dependió de mis labios,
y el Amor esta noche se escapa en tus pisadas.
Yo le presté mi entraña, mi voluntad sumisa
y al trote de un burrillo la salvación se salva.
Los dos vamos cargando el infinito a cuestas,
y es mucho Dios en fruto para tan poca rama".*

*Sentí luego que todos los asnillos del mundo
me miraban llorosos, por pequeño y sonámbulo,
perseguido a cuchillos y pesado de cielo.
Señor, tú tampoco pudiste cargar solo el madero,
¿quieres a este burrillo servir de cireneo?*

Julio, 1957

CONSOLACION POR EL ASNILLO MUERTO

*No era la leña, ni el carbón, ni una carga de rosas;
era la muerte sobre su espalda sola.*

*Venía por el camino bebiéndose la luna,
por sus ojos pasaba una alameda oscura,
era la carga última.*

*El burro se murió, me lo dijeron ellos:
los niños, los suspiros y los besos.*

*Trajeron el alcohol, corrieron por el médico;
el corazón soñaba, dijeron que había muerto.*

*Dormido en yerba seca, dejádmelo en la yerba
sin epitafio vano ni entierro de primera.*

*Que los pájaros verdes que trepaban su cuello
lo miren tan dormido, que lo sigan durmiendo.*

Que el sol seque su carne y que la azote el viento;
ramas tronchadas —los deshabitados huesos—
de un árbol blanco y viejo.

Y que nadie pregunte si murió de vejez o de pena,
ni reciban coronas, ni repartan esquelas.
Basta para morir una cruz y una estrella.

Por el burrito blanco de las Nueve Posadas,
por el burrito negro del Domingo de Palmas,

que los arrieros vayan a ensillar una estrella.
¡Dejádmelo que muera!

Ay, cómo nos pesa el misterio a las espaldas,
somos leña de muerte y con la vida a cargas.

Nos reclama la tierra.
¡Dejádmelo que muera!

Y atemos sólo un llanto pequeño a sus orejas,
del polvo nacerá la primavera.

De los Ejercicios para las bestezuelas de Dios, 1931

MEDITACION DEL ELEFANTE SOBRE LA FUGACIDAD DE LA VIDA

*Hágase el elefante; y nos hiciste.
Tu voz debió ser alta, impenetrable y triste.*

*Caminábamos, Señor, íbamos en manada, caminábamos;
nos pesaba la carne, nos sentíamos pesados.*

*Las patas alternaban su cansancio,
subían en cámara lenta, bajaban despacio.*

*Un día de sol nos conocimos,
bajo las nubes verdes nos miramos al río.*

*Nos vimos arrugados y éramos recién nacidos;
la piel como libreta inservible de un niño.*

*Nos palpamos duros, impenetrables, compactos:
muros de lamentación, carreteras de asfalto,*

*rocas en movimiento, lenta lava ya piedra,
erosión de vida de tu volcán ya llena.*

*Y los niños reían mirándonos la trompa,
como sus palotes, fea, y sus letras sin forma.*

*¿Por qué, si somos tristes, se ríen de nosotros?
Creador del elefante, ten piedad de nosotros.*

*¡Oh altura y soledad! ¡Oh piel marchita!
¡Oh cielo lejos y tierra en lejanía!*

*Líbranos del cirquero que nos trae muertos de hambre,
y del parque zoológico, pequeño y elegante,*

*del cazador que espía el marfil y la carne,
y del sabio que dice paquidermo en lugar de elefante.*

*Por traerte a Belén a los tres Reyes Magos,
ten piedad de nosotros los elefantes blancos.*

De Ejercicios...

LECCION DEL CARACOL SOBRE EL SILENCIO

*¡Qué bosques blancos, fugitivos tiemblan!
¡Qué natación de rosas frescas, vivas,
pececillos de luz entre las perlas!
¡Qué corazón del mar, bronco y despierto,
vierte en espuma lo que fue tiniebla,
y engaña su trajín cuando en su lomo
de toro bravo, una gaviota sueña!*

*Si no fuera por este apartamiento
del caracol que carga con su celda,
quién dijera que el mar estaba en calma,
que hay una gota en el vaivén, serena;
frágil al fin pero entre muros firme,
y entre sirenas vive anacoreta.*

*Cautivo de la voz, libre al silencio,
abre más mar al entornar la puerta,*

*¡qué chorros de agua, detenidos, mira,
qué eternidad de peces juguetea!
Todo mejor, dentro de sí, se vive,
no vida inútil de aparente piedra.
Furioso el mar puede astillar la nube
y devorar el tiburón las perlas.
Tumba del caracol, redonda, viva,
no pesa el mar sobre tu leve tienda.*

Lomas de Chapultepec, abril de 1956

EL ALMENDRO FLORECIO A SAN JOSE

*José vivía como las cisternas, una vida profunda y húme-
(da;
era una celda de piedra para el agua que aprende a ser es-
(trella,
noches de pie y, en torno de su sombra, el ganado ensor-
(tijando su lana.
Sabía esperar; nadie como él ha esperado la primavera.
Un almendro le entregó el bastón y el verde huraño de su
(túnica.
Era como un camello: hermoso, solitario y fuerte.
Un aceite joven prendía las lámparas de sus pestañas,
pero no miraba a las mujeres que entibiaban de virginidad
(el aire.
Un antiguo linaje montaba su piel en pequeños arroyos,
y podía confundirse con un patriarca, si no pareciera un
(niño.*

Amaba las maderas, veteadas como la piel de un venado
(lactante;
disolvía el capricho de los nudos, o rebrillaba el azul pro-
(fundo de las fibras;
por su carpintería desfilaban el Líbano, el Tabor y el Oli-
(vete:
eran los hijos de aquellos árboles amamantados con agua
(del Diluvio,
almohada para el sueño del profeta, silla grande de los Pro-
(verbios,
y ramas retorcidas al trazo de las maldiciones divinas que
(escucharon.
José era un tronco más, y un bastón, y el verde huracán de
(su túnica.
¿Cómo era San José, bosques del Líbano?
Un día la primavera y el misterio sortearon a la Flor de
(gracia llena.
Una seca rama de almendro pasó de mano en mano,
como quien roza el cielo con el deseo,
como quien sólo besa el mar y no puede abrazarlo.
¡Oh Anunciada entre todas que elegiste a José!
El empuñó la vara y floreciste Tú, baja lluvia de almendro.
Y levantó sus ojos trémulamente viriles para cortarte una
(mirada,
como cuando cortaba una verde astilla en los pinares.
¡Qué madera preciosa para la carpintería!
¡Ya es Santa María de Señor San José!

En Abside, México, xix-3, 1955

CARTA A ABUELITA

De sus macetas al cielo

*Tú pensabas abrir los botones del durazno,
pero tus manos se cerraron antes como nueces duras
¿Que cómo están las macetas que regabas?
No te preocupes, dulces ojos de yerbabuena,
el mundo sigue igual.
A veces las secas tuestan la piel de los geranios,
y los rosales sonríen de su maternidad.
A veces las mariposas resisten los aguaceros
bajo el rojo paraguas de las amapolas.
Los lirios no han inventado otra moda;
como tú los conociste, alargan su copa al vino del alba,
y la violeta sigue sin poder comprar un perfume más caro,
y los ángeles cortan las margaritas con las mismas tijeras.
Todavía hay primavera. ¡Todavía!
Lo que no hay son pupilas.*

Tú, agachadita de años, rondabas el azul de los jardines,
y eran tus ojos una pareja de avispas de oro entre las flo-
(res.

Pero, ¿qué hacemos con el corazón, abuelita, que tampoco
(cambia?

Es la historia de siempre: grano, espiga y rastrojo.

No hay más que vida y muerte.

Tú lo supiste; mejor lo sabes hoy,

sentada en tu sillón de nubes,

cuando por alargar la vida tomabas té de menta,

y la hoja de mejorana neblinaba tu sueño.

Tú decías al oído de las flores: Ustedes tienen sed.

Y te dolían los lirios. Y oías cómo sus manchas les que-
(maban.

No te preocupes más, están bien tus macetas.

Mira esa nueva flor; muerta tú, los telares de Dios tra-
(bajan.

Pero, qué le vamos a hacer, abuelita;

te saludan mucho y, teniendo a Dios, me dicen que te ex-
(trañan.

San Luis, junio de 1953

AL CUIDADO DE JESUS MEDI-
NA ROMERO, Y EN LA EDITO-
RIAL UNIVERSITARIA POTOSINA
BAJO LA DIRECCION DEL MIS-
MO, SE IMPRIMIO ESTE FO-
LLETO DURANTE EL MES DE
JUNIO DE 1959.

Títulos publicados en esta serie:

JORGE LUIS BORGES, por EMMA
SUSANA SPERATTI PIÑERO.

SIETE POEMAS de JOAQUÍN AN-
TONIO PEÑALOSA.

*En los próximos números apa-
recerán trabajos de:*

JESÚS C. PÉREZ

JUANA MELÉNDEZ DE ESPINOSA

JESÚS MEDINA ROMERO

JOSÉ C. ROSAS CANSINO

RAFAEL MONTEJANO Y AGUIÑAGA

